

EL PUEBLO DEL SOL DENTRO DE LA TUMBA 7, ALFONSO CASO

ELENA PONIATOWSKA



—¿Y qué sintió usted cuando descubrió la tumba número siete?

A Alfonso Caso se le han de parar los pelos de punta cada vez que un preguntón con los ojos y el rostro dilatado de curiosidad inquiera por Monte Albán. Pero doña María Lombardo de Caso, que exploraba en la parte posterior de la tumba mientras su marido trabajaba en la puerta, exclama:

—¡Ha sido la experiencia más emocionante que he tenido en mi vida!

—Don Alfonso, ¿es cierto lo que cuentan?

—¿Qué cosa?

—Que el verdadero descubridor de la tumba número siete es una vaca que al pararse sobre la tumba hundió la bóveda y pudo verla a través del agujero...

—Debió ser una vaca bastante pesada, más que un elefante, porque el techo de la tumba siete queda debajo de tres pisos de

estuco y más o menos un metro y medio de escombros.

—¿Es cierto entonces, doctor, que los objetos preciosos recogidos durante el día los llevaba en una caja de zapatos?

—Es cierto que transportábamos los objetos en la noche a la casa en cajas de cartón.

Alfonso y María Lombardo de Caso viven sobre una montaña, bueno, chiquita pero montaña. Allí, la campana de la iglesia resuena en su torre y los borregos se alejan en una gran fuga de patas por la colina. Dice doña María que el otro día se estaba durmiendo y de repente sintió un aliento verde, pastura y agua, al lado del suyo. ¡Un borrego!

¡Un borrego que se asomó por la ventana! ¿Qué tal si se convierte en príncipe?

La casa, sola en medio de un llano, parece un monasterio en la árida montaña. Me imaginaba yo la mansión de los Caso llena de tepalcates e ídolos recién descubiertos,

valiosísimos sepulcros en la cocina, dioses en las cabeceras de las camas y momias en los sillones; los estantes poblados de urnas, las recamareras con collares de jade y en el horno un “escuintle” adobado. Al contarle estas previsiones, doña María grita: “¡Ay qué horror! ¡Qué fea se la imaginaba!” Creía yo que era tan telúricamente autóctona como la de los “mexicanistas” nacionales y extranjeras que todo el día toman agua de chía mientras hablan del Cofre de Perote y del Bolsón de Mapimí. Esperaba encontrarme, en suma, algo así como un gigantesco holocausto a los dioses zapotecas, con sacrificios humanos y sacerdotisas vestidas al estilo de las meseras del Sanborns.

—¡Qué horribles son las casas arqueológicas! Yo vivo, por decirlo así, en los museos y me la he pasado haciendo exploraciones. En realidad no es conveniente que una gente que etiqueta piezas precortesianas tenga una en su casa —ríe don Alfonso.

—Lo único que tenemos —dice doña María— es esta pieza cuyo original está en Oaxaca y que yo llamo “El escriba zapoteca”.

Doña María enciende un cigarro. Don Alfonso, sentado a su lado, vestido con su bata de casa, la escucha risueño. Creo que siempre la ha de oír así, al borde de la risa, porque en este país en que todo lo tomamos a pecho, doña María es una de las pocas personas que tienen verdadero sentido del humor. “No hay que tomar las cosas demasiado en serio.” Alfonso asiente con la cabeza. Al lado de esta mujer delgada, de pelo negro y ojos maliciosos, la vida, a pesar de todo y en medio del trabajo, ha sido leve.

—Yo conocí a Alfonso muy crío, pobrecillo. ¡Fijese nomás qué tierno lo conseguí!

Ríen, me ofrecen té y vuelven a reír.

UN QUETZALCÓATL ENPLUMADO DE REGALO DE BODAS

—Desde muy joven le atrajo a Alfonso la arqueología. Era tal su afición que recuerdo

que mi regalo de bodas fue un Quetzalcóatl emplumado...

—¿Qué?

—Bordado en un cojín, naturalmente. ¡Debía yo de ser tremendamente cursi! Conocí a Alfonso cuando él tenía diecisiete años. Yo salía ese año de la primaria. Así es que ya sabrá usted qué tierno lo atrapé y como ya desde entonces fuimos amigos, más tarde novios y por último marido y mujer, ya se dará cuenta de cómo nos conocemos nuestras mutuas mañas, y tal vez por esto mismo hemos sido una pareja que se entiende a las mil maravillas. Por lo menos eso creo yo, pero sería mejor que usted le preguntara a él si piensa lo mismo.

Alfonso alarga la mano y le acomoda a doña María un cabellito de atrás de la oreja.

—Pues, como dicen los rancheros, no es porque esté presente pero pienso lo mismo.

LOS SIETE SABIOS

—Su marido fue uno de los “Siete Sabios”, ¿verdad, señora?

—¿Quiere saber usted, Elenita, quiénes son los llamados “Siete Sabios”? Los siete en realidad eran seis: Alfonso Caso, mi hermano Vicente Lombardo, Antonio Castro Leal, Manuel Gómez Morín, Alberto Vázquez del Mercado y Teófilo Olea. El séptimo nombre figuró muy poco tiempo en el grupo porque murió casi enseguida de integrado el grupo. Como eran muy amigos de Vicente, generalmente se reunían en la casa. Eran muy jóvenes y deben haber pedanteado mucho. ¡La edad variaba entre los diecisiete y los veinte! Un grupo que era enemigo de ellos les puso el mote de los “Siete Sabios”, pero en realidad todos han tenido una trayectoria brillante. ¡Ni yo misma sé todo lo que ha hecho Alfonso! Ejerció leyes muy poco tiempo porque le atrajo la arqueología, a la que se dedicó más tarde.

—Podría usted decirme, doctor Caso, ¿qué hay de cierto en lo que se dice, que usted

empezó a interesarse en la arqueología al ver unas piedras labradas de Xochicalco?

—En efecto, tal y como lo han publicado dos de mis queridos amigos, Agustín Loera y Chávez y Manuel Toussaint, al terminar la Revolución, durante algunos años recorrimos la parte central y sur del país en viaje de estudio de sus monumentos. En una ocasión, al llegar a Xochicalco y ver los misteriosos glifos que decoran el basamento del templo principal, pensé que era fácil, con los pocos libros que tenía yo en mi casa, llegar a saber lo que decían. Por supuesto, no pude descifrar esos jeroglíficos (ni lo he logrado aún); en cambio me interesó cada vez más el estudio de nuestro pasado.

—Pero, ¿cómo es posible, don Alfonso, que teniendo un hermano como Antonio Caso, no se dedicara a la filosofía?

—¿Y quién le dice a usted que no me dediqué a la filosofía? Estudié con Antonio, me gradué de maestro en filosofía y, durante largos años, más de diez, fui profesor de Lógica en la Escuela Nacional Preparatoria y de Epistemología en la Facultad de Filosofía. Sólo mi interés por la arqueología de México me hizo abandonar mis cátedras de filosofía.

(El doctor Caso habla en imperativo categórico. En él nada es inerte. En este momento creo que está un poco aburrido, aunque su cortesía le impide demostrarlo. Doña María, “que es un alma de Dios”, aguarda lo que venga con serenidad patricia.)

—Volviendo a la arqueología, también se dice que fue usted alumno de un arqueólogo alemán, el doctor Hermann Beyer.

—En efecto, mi interés, como dije anteriormente, iba subiendo de punto, y al enterarme que en la escuela de Altos Estudios que corresponde a la actual Facultad de Filosofía y Letras, un profesor llamado Hermann Beyer daba varios cursos sobre arqueología mexicana, me inscribí y fui alumno suyo tanto en el curso general de arqueología como en un pequeño curso monográfico sobre el

Códice Vaticano o Ríos, y en otro curso general sobre jeroglíficos mayas. Estos tres cursos con Beyer me proporcionaron conocimientos muy sólidos sobre la arqueología de México. El primer artículo que publiqué, “Un antiguo juego mexicano: El Patolli”, fue en realidad mi tesis para obtener el grado de maestro en Arqueología.

Mientras tanto doña María fuma. Abruptamente le pregunto:

—¿Y, usted, doña María?

—¿Yo? Para no quedarme en babia, y como siempre— hemos estado juntos en todas partes, cuando daba la cátedra de Epistemología en la Facultad de Filosofía y Letras, fui como oyente a sus clases y después a las de Arqueología. Si he de ser sincera, debo decirle que asistí a estas últimas con la única mira de no permanecer al margen de lo que Alfonso estaba haciendo. Pero enseguida me interesé realmente, aunque reconozco carecer en absoluto del espíritu científico que tienen los verdaderos arqueólogos.

(Don Alfonso aclara: “¡Ella trabajó conmigo!”)

—Pero el haber asistido a sus clases me permitió seguir con interés las exploraciones de Monte Albán que Alfonso inició a fines del año 31. Allí fue donde tomé parte activa, al acompañarlo en la exploración de la tumba número siete.

—¡Eso es, hábleme del descubrimiento!

—Entonces yo tuve una participación muy directa porque los dos trabajábamos en la tumba, cada quien con su ayudante. Lo hicimos durante diez días desde las ocho de la mañana hasta las diez o doce de la noche.

—¡Ha de haber sido fascinante!

—Todavía recuerdo el olorcito de la tierra.

EL OLORCITO DE LA TUMBA 7

—¿A qué olía?

—Era una cosa muy especial, a tierra húmeda. Y luego a la gasolina de la lámpara que siempre debía tener yo muy cerca para

que no se me escapara detalle alguno. ¡Hacía un calor espantoso allá adentro! La tumba número siete se descubrió a las seis de la tarde. Como siempre he sido como fideo, me metí por el techo. Alfonso casi no cabía pero por fin alcanzó a pasar por el agujero, hasta que al ir descubriendo los objetos en el interior, nos encontramos en el centro de la tumba. Llevaba yo dos planos, uno para los huesos y otro para las joyas. Dibujaba los huesos que encontraba para reconocerlos. ¡Lo más difícil era reconstituir las joyas! Con un pincel o una brocha juntaba las cuentas de collares y con un cuidado enorme recogía con las yemas de los dedos parcecitas de las cuentas.

—Eso de estar buscando cuentas en la tierra de una tumba debe ser tan difícil como encontrar una aguja en un pajar...

—A propósito de collares de cuentas, le voy a contar una anécdota sobre la tumba número uno en Xoxo. Yo encontré la tumba número uno, pero no crea que por buena arqueóloga. Fui a pasear con mis muchachos (entonces eran unos niños) por las fal-das del cerro de Monte Albán, y un pastorcito nos dijo que había unas piedras en forma de techo, a unos cuantos pasos. Entramos y vimos tepalcates y urnas pequeñas de barro, ¡era la tumba de una niña! En el piso encontré una sola cuenta de piedra verde, una cuentita chiquita, y la guardé. Apenas la tuve en mis manos empezaron a sucedernos una serie de desgracias. Los niños se enfermaron, les dio una especie de difteria y yo andaba como mosca desvelada... (Los atributos que se confiere doña María, primero fideo y luego mosca, son realmente muy halagadores.) Andrés, mi hijo, se rompió la clavícula.

—¿Por culpa de la cuentita verde?

—Sí. Cogí la cuentita y la fui a botar al mismo lugar. Quedó en la tumba número uno.

—¡Yustedes se libraron de sus maleficios!

—¡Uy! Me está usted haciendo recordar cosas muy bonitas de hace tiempo. Mis tres

hijos eran muy chiquitos, Eugenia todavía ni nacía, y mientras explorábamos los dejábamos afuera, arriba, jugando. Al salir de la tumba nos íbamos a la casita que habíamos alquilado en Oaxaca. No conocía yo a nadie, las sirvientas siempre estaban dormidas. Así que a bañar a los muchachos con bicarbonato, porque siempre tenían urticaria, jamás he comprendido por qué. Después de acostarlos todavía encontraba tiempo para limpiar las joyas, numerarlas, etiquetarlas, además de atender la casa.

LA EXPERIENCIA MÁS BELLA QUE HE TENIDO EN MI VIDA

—¡Han de haber sido unos días extraordinarios!

—No necesito decirle que ha sido la experiencia más bella que he tenido en mi vida. Tanto que ya he empezado a escribir mis impresiones acerca de este descubrimiento y más porque ahora tengo tiempo de sobra. Alfonso por las tardes se queda en casa y escribe. Yo me siento frente a él y, para no estar sin hacer nada, me pongo a escribir. Trabajamos cada quien en lo suyo, en la misma mesa. Y esas son las mejores horas del día.

—Doctor Caso, a propósito de las investigaciones, sé que usted ha traducido el Códice Bodley.

—En efecto, la Sociedad Mexicana de Antropología acaba de publicar el Códice Bodley 2858, que se conserva en la Biblioteca Bodleiana de la Universidad de Oxford. La publicación facsimilar del código hecha en México es una de las más importantes de los últimos años. La edición está acompañada de una interpretación mía en español y en inglés. Es el más extenso comentario publicado hasta ahora sobre un código mixteco.

—Y volviendo a Monte Albán, doctor Caso, ¿cómo es que usted fue a dar directamente a la tumba número siete? ¿Por qué escogió usted Oaxaca y no Yucatán?

—Eso de que fui a dar exactamente a la

tumba número siete se desmiente con el número de la tumba. Ya antes había explorado seis y por eso le correspondió el número siete a la tumba del tesoro. ¿Pregunta usted por qué elegí Oaxaca y no Yucatán? Cuando empecé mis investigaciones sobre Oaxaca, en 1929, muchos investigadores, tanto mexicanos como extranjeros, estudiaban la civilización maya y entonces me pareció mejor buscar un terreno menos explorado y me entregué a las antigüedades de Oaxaca, a las que nadie se dedicaba.

EL INDIGENISMO

—Doctor Caso, ¿cómo es que usted pasó del estudio de la arqueología de las piedras al estudio de los escultores de esas piedras, los indios?

—No he pasado: sigo ocupándome no sólo de las piedras sino de los manuscritos y de las crónicas que nos dan una idea de lo que fueron las antiguas culturas de México.

—Me refería a que el indigenismo es tan apasionante que pensé que a lo mejor había desplazado sus otras labores. Lo que yo quería preguntarle es: ¿cree usted realmente que los no-indígenas pueden hacer algo por los indígenas? ¿No son más bien las personas que se han ocupado del indigenismo las que se han beneficiado de su contacto con los indígenas?

—Si usted entiende indio como raza indígena, es decir, el aspecto biológico de los individuos, no me interesa el asunto. Para mí el indígena es el que habita en una comunidad indígena, es decir, que habla un idioma que no es el castellano y tiene costumbres que no son de otras comunidades del país. Estos indígenas pueden incorporarse a la vida del país. ¿Quién recibirá más y quién menos: el indígena de parte de la civilización de México o México con la aportación que dará el indígena una vez que se haya convertido en un factor de la producción y de la vida social del país? Es una cuestión que no podemos pre-

ver y que sólo el futuro podrá resolver.

—Pensé concretamente en Juan Pérez Jolote; ¿cree que Pérez Jolote le ha dado más a Ricardo Pozas que Ricardo como antropólogo?

—Pues esa pregunta, Elena, hágasela a un Juan Pérez Jolote o a Ricardo Pozas.

—Hace un minuto habló usted de su incorporación al país. ¿Cuántos indígenas se incorporarían? ¿Cuántos hay en el país?

—Tres millones.

—¿Qué poquitos! Yo creía que eran más.

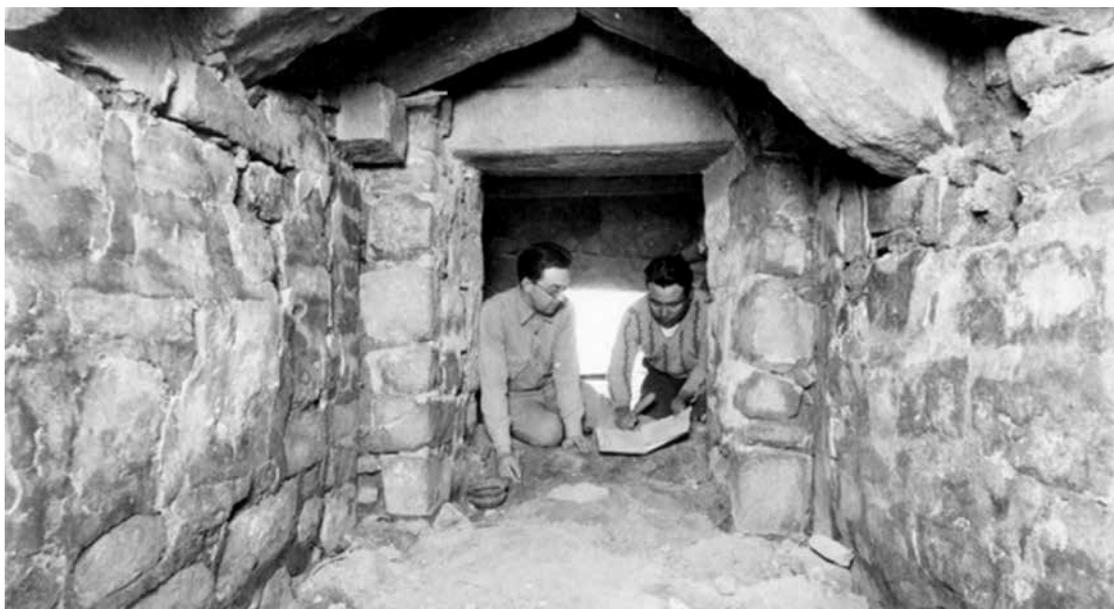
—Representan el diez por ciento de una población de treinta millones. De cada diez mexicanos, uno es indígena.

EL CONCEPTO ESTOICO DE LA VIDA DE LOS INDÍGENAS

—¿No cree usted, don Alfonso, que la sabiduría indígena es más noble que la de la civilización moderna?

—Todo pueblo tiene logros culturales de gran categoría. La comunidad indígena, por su respeto a las normas que ella misma ha creado, por el acatamiento a sus autoridades, por su concepto estoico de la vida, nos puede enseñar mucho. Pero nosotros también podemos llevarles un anhelo progresista, un mayor deseo de mejoría económica y mejores condiciones de vida y de salud, mayores conocimientos, etcétera...

—Pero ¿cómo es posible juntar a dos mundos tan distintos: el indígena y el de la civilización moderna, cuyo ritmo es devastador? Me contaba un antropólogo en San Cristóbal, Chiapas, que mientras él les explicaba a los indígenas por medio de transparencias principios de higiene elemental, etcétera, pasó un avión sobre sus cabezas y todos levantaron la vista y ya qué lavarse las manos ni qué nada. En resumen, los progresos de la civilización son mucho más rápidos que las enseñanzas del Instituto Indigenista. ¿Qué pueden hacer hombres y mujeres que no tienen electricidad ni agua ante el



trayecto de aviones en el cielo y la invasión de licuadoras, automóviles y televisiones?

—En el fondo todos somos hombres, ¿no? Y el indígena y nosotros queremos las mismas cosas: ser felices, que se respete nuestra personalidad, que se nos permita decir y luchar por nuestro propio ideal. La televisión, los automóviles y las licuadoras no son sino aspectos externos del progreso. Su razón fundamental es el deseo de superación y éste lo tenemos todos los hombres y es allí donde podemos entendernos.

LOS INDÍGENAS, NI INDIGENTES NI MENORES DE EDAD

—Usted como director del Instituto Nacional Indigenista debe tener contactos valiosos con los indígenas. ¿Qué podría decirme acerca de su relación personal con ellos? ¿Qué es lo que ellos le dicen? ¿Qué es lo que le piden?

—En contra de lo que se cree, los indígenas ni son menores de edad a los que se pueda ordenar ni son indigentes a los que se les pueda dar limosna. Si ellos tienen confianza y aceptan lo que se les propone, colaboran en forma amplia en la realización de cualquier obra para beneficio colectivo.

—¿Y no son flojos?

—A esta pregunta puedo contestarle como le respondí al director de Novedades, Ramón Beteta: en el pasado fueron tan flojos los indios que no hicieron más que construir Palenque, Chichén Itzá, Uxmal, Teotihuacán, etcétera, que como usted sabe son ciudades que no tienen ninguna importancia y que se pueden hacer sin trabajar. En la época colonial construyeron todas las iglesias, todos los conventos y las casas de los colonizadores de esta Nueva España. Y en la época actual fueron los peones quienes sembraron en las haciendas el maíz con el que se alimentaron nuestros padres y abuelos. Y siguen trabajando. Lo que pasa es que no han tenido oportunidad. Hay, además, otra cosa: se decía en tiempo de don Porfirio, en el régimen de las haciendas, “el peón hace como que trabaja y el dueño hace como que le paga”. Bueno pero si alguien hiciera como que nos paga a usted y a mí, ¿no haríamos también como que trabajamos?

—Ah, qué don Alfonso tan chistoso .

(Don Alfonso me mira con los ojos cuadrados tras de sus anteojos redondos. Después de todo, él tiene hijos, ha tratado con estudiantes y debe estar acostumbrado a las exclamaciones imprudentes de los incautos.)

—En sus giras al interior del país, usted ha podido darse cuenta con sus propios ojos de sus necesidades más apremiantes, ¿cuáles son?

LOS MÁS DESVALIDOS

—Sus necesidades más urgentes son: comunicaciones, salubridad, educación, tierras; que se les dejen sus propios bosques, que se les ayude a fomentar la agricultura y la ganadería. Como usted ve sus necesidades son múltiples porque es la parte más desvalida de la población del país.

—¿Es cierto, doctor, que poco a poco se mueren los idiomas autóctonos, por el afán de castellanizar a todos los indígenas?

—El afán de castellanizar, como usted lo llama, a los indígenas forma parte del afán de hacerlos mexicanos. El Instituto no persigue a los que hablan idiomas indígenas, ni trata de extinguir los idiomas indígenas; trata sólo de que todo mexicano sepa hablar español y si además conserva su propio idioma indígena nos felicitamos por ello.

—Creí que no se insistía lo suficiente en la nobleza del idioma propio y que llegaba un momento en que ellos sentían vergüenza de hablar otomí, tarasco, zapoteco o náhuatl...

—Nunca pretendemos imponer nuestras ideas a los indígenas, sino colaborar para que logren su propia superación.

—¿Cuántos idiomas hay?

—¡Muchos! Son alrededor de cuarenta y cinco o cuarenta y seis idiomas vivos y totalmente distintos entre sí.

—¿Tan diferentes como el inglés del francés?

—Sí.

—Doctor Caso, cuando López Mateos declaró en Sonora que no había indígenas sino mexicanos ricos y mexicanos pobres, ¿qué quiso decir?

—Lo que el señor presidente dijo en Sonora fue que el problema indígena en México no es racial, es decir, no es el problema que

existe en otras partes del mundo, por ejemplo, en los Estados Unidos donde hay americanos blancos y negros pero el negro es siempre negro, no importa que sea pobre o rico, culto o inculto. En México si usted saca a un indígena de su comunidad, lo trae a trabajar a una fábrica, aprende a leer y a escribir, es un mexicano como usted y como yo.

—En México, ¿no hay discriminación racial?

—No la hay.

—¡Muchos de los indios o indígenas son tratados por los demás como inferiores! ¡Allí tiene usted a todas las muchachas del servicio!

—Sí, hay una situación de real inferioridad, pero se trata de una inferioridad social, no legal.

—Pero si ya no hay indígenas, sino mexicanos ricos y mexicanos pobres, ¿qué papel le queda al Instituto Nacional Indigenista?

—Ya le expliqué que lo que el señor presidente dijo fue eso: que no es un problema racial sino un problema de miseria, de falta de cimientos, de falta de oportunidades. Por lo que se refiere a nuestra labor, el propio señor presidente inauguró tres Centros Coordinadores Indigenistas...

—¡Eso es! —interrumpo—. ¿Qué es exactamente un Centro Coordinador Indigenista?

—Es una institución en una región indígena que tiene por objeto el cambio de las condiciones de vida de las comunidades. Pongamos el caso de Tlaxiaco. Tenemos el Centro establecido en una ciudad mestiza, como cualquiera otra del país, cabecera de una gran población indígena. Entonces el Centro se preocupa por construir caminos para unir a diversas comunidades indígenas y dar salida a los productos de esa región; se preocupa por mejorar los pastos y la ganadería, establecer granjas avícolas, cuidar y explotar racionalmente los bosques, sembrar, etcétera.

—La Revolución, o mejor dicho, la Reforma Agraria, ¿les ha dado sus tierras?

—¡Ojalá! ¡Todavía un millón de indígenas carecen totalmente de tierras!

—¿Y qué hace el Instituto en ese sentido?

—Tanto el Instituto Nacional Indigenista como el Departamento Agrario trabajan en los expedientes agrarios que se han estancado y resuelven las solicitudes.

—Pero, ¿a los indígenas les gusta tanto papeleo, tanto trámite, tantos ires y venires?

ENSEÑAR A HACER

—Todo se hace con la cooperación y el deseo de la comunidad. De otro modo sería todo inútil. Por ejemplo, lo ve usted en la construcción de escuelas. Cuando nos solicitan una escuela, les decimos: “Nosotros les haremos la escuela, pero ustedes ¿qué están dispuestos a dar?” “Pues ponemos la piedra, acarreamos la arena, traemos morillos para el techo, pero no sabemos hacer teja ni ladrillo.” Entonces les mandamos una persona que les enseñe a hacer la teja, a quemar cal, y les damos las puertas, los vidrios y el cemento para los pisos. Y así escuelas con dos salones nos salen costando cuatro o cinco mil pesos, porque la comunidad indígena tiene interés en que se le construya su escuela. Igualmente nos sucede cuando nos solicitan las mujeres indígenas que se establezca un costurero. Les mandamos a una persona que les enseñe a coser en máquina y les proporcionamos máquinas, pero la comunidad construye el edificio del costurero.

—Doctor Caso, ¿y no cree usted que los indígenas en la ciudad pierden esa categoría moral, esa dignidad muy especial que se les ve en su pueblo?

—Usted insiste en tratar a los indígenas como una raza aparte, cuando le he dicho que una vez asimilados a la ciudad, un indígena es tan mexicano como usted y como yo.

—Mi criterio es de tarjeta postal, de “color local”, ¿verdad?

—Sí, Elena.

UNA LUZ EN LA OTRA ORILLA: MARIA LOMBARDO DE CASO

Si don Alfonso ha dedicado su vida al indigenismo, doña María Lombardo de Caso no se ha quedado atrás y además de darle cuatro hijos a su marido escribió una novela que ha hecho reír a más de uno: *Una luz en la otra orilla*.

—Cuando los hijos se casaron y se fueron (esto no es el título de una película, es un hecho), pude dedicar sin remordimientos el tiempo que nos queda libre a las pobrecitas amas de casa a darme el gusto de poner en el papel todo lo que se me ocurría. ¡Si viera cómo me divierto al escribir, Elenita! Se me van las horas.

—¿Nada le gusta tanto?

—¡Nada! Lo único es que tengo que hacer un esfuerzo para escribir en serio. Mi “yo” es burlón.

—Pero también llora —interviene Alfonso—, porque una vez al matar a Manino, uno de sus personajes, se puso a llorar...

—Es que Manino, en *Una luz en la otra orilla*, es mi hijo Andrés en la vida real.

—¿El que asesina usted tan despiadadamente?

—Ese mismo. Andrés tenía una imaginación extraordinaria; siempre estaba viendo tigres, osos, era un encanto de niño, nada más que desorbitado. Bueno, pues Andrés, digo Manino, se muere en la novela... Realmente escribí *Una luz en la otra orilla* para las mujeres de provincia que llevan una vida familiar tan triste, sometidas al padre de familia y luego al marido. Sí, sí, mi novela es una defensa de la mujer mexicana. Se desarrolla en la región de la República que mejor conozco: la sierra de Puebla.

—A propósito de novelas —dice don Alfonso—, me encantan porque se entera uno de los chismes más interesantes contados por la gente más inteligente. ¿Qué más puede uno pedir?

—¿Y a poco la novela de su esposa es un chisme?

(Llega, en ese justo momento, Margarita, la esposa de Alejandro. Andrea Gómez, la grabadora, le ha pintado un retrato a su hijo, un retrato luminoso y tranquilo, y don Alfonso y doña María tienen que verlo. “¡Qué preciosidad!”, “¡Qué bonito!” “¡Dicen que se parece a mí”, afirma don Alfonso: “¿A usted qué le parece?” “Sí, sí se parece a ti”, asiente doña María. “¡Qué buena pintora, verdad!” La nuera sólo sonríe. “Lo pintó en un solo día... El niño no dio guerra.”)

ALFONSO CASO ME REGALÓ MIS MEJORES LIBROS

—Don Alfonso, yo no sé por qué me imaginaba que los hombres de ciencia no leen novelas. Recuerdo que Luis de Broglie me miró con asombro cuando le pregunté algo acerca de la literatura...

—Yo leo veinte mil cosas. ¿Cómo es posible no leer? Leo novelas, versos y dramas.

—Cuando yo era estudiante —interviene doña María—, él era el que me regalaba y me prestaba los mejores libros. Toda mi cultura literaria se la debo a él. También me recitaba versos. ¿Estaba usted enterada de que Alfonso se sabe comedias antiguas, enteritas, de memoria?

El doctor Caso ríe:

—¡Yo creo que sé más versos de memoria que la mayoría de los poetas!

—También se sabe muchos versos que me dice en voz alta —ríe la señora Caso—, del Tenorio y de Rubén Darío y Lugones y Alberti y García Lorca.

ALFONSO CASO, CREADOR DE INSTITUCIONES

Además de ser el único hombre en México que ha encontrado un tesoro —el famoso oro que tantos han buscado: Monte Albán—, el doctor Caso pertenece a una generación de hombres que crean instituciones en el país. Así como Manuel Gómez Morín hizo el PAN y

Vicente Lombardo Toledano la CTM, el doctor Caso dirige el INI (Instituto Nacional Indigenista). Pero eso no es todo: fundó el Instituto Nacional de Antropología e Historia.

(Doña María sale del cuarto. Quizá va la cocina —“¡me encanta cocinar!”— a vigilar el resultado de una nueva receta. Hace poco Agustín Barrios Gómez consignó que los Caso habían dado una maravillosa cena con doce platillos indígenas nunca vistos, o mejor, nunca olidos... Después de un momento, la señora Caso regresa con un pañuelo que se pone entre el puño y la manga de su suéter.)

—Como rector de la Universidad participé muy activamente en el anteproyecto de la Ley Orgánica que actualmente rige a esa casa de estudios.

—Pero concretamente, ¿qué es lo que la Ley Orgánica ha hecho por la Universidad?

—La Ley Orgánica ha servido para salvar a nuestra casa de estudios de la anarquía y de las influencias políticas de derecha y de izquierda, que no tienen razón de ser en el más alto centro de la cultura del país.

—Según parece no sólo se ha enfrentado usted con los secretos de la arqueología y con los estudiantes cuando fue rector, sino también con los ladrones, cuando fue secretario de Bienes Nacionales.

—Dejemos ese amargo episodio, pues tuve que intervenir varias veces efectivamente en Bienes Nacionales para evitar distracciones del fondo del presupuesto.

—¿Cree usted que debemos seguir considerando a todo el país como un inmenso botón para unos cuantos, o que deberíamos verlo como el patrimonio de todos los mexicanos?

—Siempre he sostenido y sostendré, como hombre de izquierda que soy y he sido siempre, que el resultado final de la Revolución Mexicana tiene que ser una más equitativa distribución del ingreso, de tal modo que los ricos no sean cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres. Creo que la legislación del país, tan generosa para el campesino y para el obrero, tendrá que ser

revisada para mejorar las condiciones de vida de todos los mexicanos.

(En ese instante entra Andrés-Manino, con pantalones de montar y botas. Al llegar a este caserón blanco parece más bien un viajero que pide posada. Esta casa sabe a hacienda vieja, a portón donde se detienen los peregrinos a pedir un pedazo de pan y agua para su camino. Afuera, en la noche, sólo se oyen las cigarras, y allá abajo, en la otra orilla de doña María, relumbran las luces de la ciudad, lejanas, distantes. De vez en cuando, en la penumbra, muge alguna vaca. Más nada. El aire sabe a hierba y agua, a humo y a leche fresca.)

—En realidad, Elenita —dice doña María—, lo más importante que he hecho es nuestra vida, la de Alfonso y la mía. Viajamos siempre juntos. Lo acompaño a las giras que hace periódicamente a los Centros Coordinadores Indigenistas. Nuestra vida y luego la de mis hijos, Beatriz, una compañera admirable de su marido, el dramaturgo Carlos Solórzano; Andrés, que es director de Administración de Obras Públicas; Alejandro, el arquitecto, y Eugenia, que hace dos años se casó con el poeta Luis Rius. Nos quedamos solos; bueno, solos y acompañados porque ellos vienen todos los días...

Doña María Lombardo sonríe y apaga su cigarro en el cenicero.

ALFONSO CASO, EL “CASO” DE LA TUMBA 7

Alfonso Caso nació en México el primero de febrero de 1896. Fue uno de los primeros en señalar la importancia de identificar la cultura zapoteca como una de las principales cunas.

Durante doce años estuvo al frente de las exploraciones arqueológicas de Monte Albán. En 1944 fue rector de la Universidad Nacional Autónoma de México y creador de la Ley Orgánica —la cual continúa en vigor—. Su entrega al estudio de las condicio-

nes de vida de los grupos indígenas le tomó los últimos veintidós años de su vida; fundó y dirigió el Instituto Nacional Indigenista (1949). Dos semanas antes de su muerte, a los setenta y cuatro años, el 30 de noviembre de 1970, recibió el premio “Bernardino de Sahagún” en Antropología, otorgado por el INAH. Sin duda Alfonso Caso poseía la intuición, el conocimiento y la sensibilidad necesarios para convertirse en uno de los más importantes exponentes de nuestro pasado. Nos remonta no sólo a una época, sino a una forma de conformar la nacionalidad mexicana.

Entre sus escritos más relevantes se encuentran: *Las estelas zapotecas* (1928), *Ídolos huecos de barro de tipo arcaico* (1934), *Cultura mixteca y zapoteca* (1942), *Códices mixtecos* (1944), *Calendarios y escritura de las antiguas culturas de Monte Albán* (1947), *Definición del indio y lo indio* (1948), *Explicación del reverso del Codex Vindobonensis* (1949), *El mapa de Teozacoalco* (1949), *Urnas de Oaxaca* (1952), *El Calendario Mexicano* (1955), *Indigenismo* (1958), *El pueblo del Sol* (1959), *Interpretación del Códice Colombino* (1966), *Los calendarios prehispánicos* (1967), *La cerámica de Monte Albán* (1967), *Conceptos esenciales del arte mesoamericano* (1969) y *Reyes y reinas de la Mixteca* (1977).•

Mañana, 1º de abril de 1961

